



VISION DE TOLEDO

Ciudad tallada en carne viva,
—relámpago de piedra reflejado en el Tajo—,
anocheciendo cada día
barroca y cádena.—

El viento —crines de barro y de ceniza—
espoleando sus ijares, su corteza de siglos,
en los tubos metálicos de sus calles angostas.—

Agria y desnuda —pecado de granito—
alza su rostro de cíclope y de bóvedas;
fruta madura
en el árbol geológico del tiempo.—

Otras veces,
la cítara del río la canta;
musicalmente, entonces,

su talle azul se dobla,
escucha, sueña, ama...—

Bajo el cielo macizo, arquea su lomo
frío, de pez de tierra
y reza tradiciones
dulcemente. Su noche
brinca de soledad; su día —de ocre y siena—
tiene asma de siglos
en su pecho gigante.—

Absoluto y macizo,
Toledo es una cresta de mandato imperial.—

RAFAEL PALMA

Madrid, Febrero 1960.

“Fanatismo”

Escribía Leopardi: «Ninguna cualidad humana es más intolerable en la vida ordinaria ni realmente menos tolerada que la intolerancia». La irritabilidad que nos produce la intolerancia y el fanatismo, nos lleva, sin darnos cuenta, a una postura también extrema: La intolerancia y el fanatismo de signo contrario. Claro, que esta posición extrema, es sumamente transitoria. El que no es constitutivamente fanático, no puede degenerar nunca en permanente fanatismo. La mentalidad del fanático es siempre dura e impermeable. Sólo puede enfocar los problemas desde un mismo ángulo y sólo puede captar, toscamente, lo superficial e inmediato. El fanático valora los hechos concretos sin poder penetrar en los «genes» del proceso. Un fariseo de la época de Cristo, no comprendería cómo el Maestro podía perdonar y aún preferir al hombre publicano o a la mujer pecadora. El fanático divide a los hombres en buenos y malos, pero buenos y malos en grado absoluto. Los buenos, naturalmente, son los que comparten sus ideas. El fanático no admite debilidades. El hombre, según él, es de una sola pieza, sin complejidades ni influencias endógenas. Las opiniones del fanático son dogmas intocables. Su raquítica porción de verdad es elevada a verdad universal y cree, ingenuamente, que esta subjetiva y fragmentada verdad debe ser admitida, de grado o por fuerza, por todos los hombres.

El fanático es sumamente peligroso tanto en Religión como en Política, si bien en Religión es él el primer per-

judicado; su incomprensión y rigidez le hancen acreedor a un juicio severo en el día final: «Con la vara que midiéreis seréis medidos». Ya vimos cómo los gentiles arrebataron los puestos a los judíos.

En la vida ordinaria, el fanatismo es uno de los mayores obstáculos para la sana convivencia.

En todo fanático hay dos circunstancias: una temperamental y otra ambiental. Pero tengamos en cuenta que el fanatismo no es sólo un fenómeno individual. Hay pueblos fanáticos, razas que propenden al fanatismo. Si contemplamos la Historia y más aún la Antropología, nos daremos cuenta de zonas peligrosamente fanáticas. No podemos dudar v. g. del fanatismo africano. Y señalo intencionadamente a África por lo que nos puede afectar a nosotros. No olvidemos que el principal núcleo étnico español es ibero, y que el ibero es de raza africana, de la misma stirpe que los bereberes. Y no olvidemos tampoco, que en este aspecto racial, fué mucho más decisiva en nuestro pueblo la influencia de los musulmanes que la influencia visigoda o romana.

Hay que conocer los defectos para vencerlos o superarlos, y más aún aquellos que pueden ser endémicos. Basta una acusada predisposición para que ya se justifique el estado de alerta.

Desterremos todo vestigio de fanatismo. Seamos en el juicio amplios y comprensivos; profesemos hondo respeto y delicadeza a nuestros semejantes, y ante sus posibles flaquezas y debilidades procuremos imitar a Cristo en esa hermosa faceta de la misericordia y el amor.

J. SANTOS